

James Salter

QUEMAR LOS DÍAS

Traducción del inglés de
Isabel Ferrer Marrades



salamandra

Título original: *Burning the Days*

Ilustración de la cubierta: Corbis / Cordon Press

Copyright © James Salter, 1997

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2010

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-257-0

Depósito legal: B-1.163-2010

1ª edición, enero de 2010

2ª edición, abril de 2013

Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1

Capellades, Barcelona

*con mi más profunda gratitud a mi mujer, Kay,
y a Bill Benton por su inestimable ayuda*

Contenido

Prefacio	13
Pronaos	17
Es tu deber	64
Ícaro	103
La mujer del capitán.....	137
Un solo acto de osadía.....	164
Quemar los días	204
II.....	245
Reyes olvidados.....	247
Europa	274
<i>Ukiyo</i>	288
<i>Diners en ville</i>	377
Índice	433

Se han cambiado ciertos nombres para evitar todo posible agravio a personas vivas o muertas. Los nombres modificados son: (capítulo 1) Faith; (capítulo 3) Anita; (capítulo 4) señorita Cole, Demont, Neal, Paula, Leland, O'Mara; (capítulo 5) Brax, Miles; (capítulo 6) Garland; (capítulo 9) Ilena, señorita Bode, Edoardo; (capítulo 10) la viuda Woods, Sis Chandler.

Prefacio

Este libro es, en cierta medida, la historia de una vida. No la historia entera pues, como en la mayoría de los casos, sería imposible de contar: resultaría demasiado extensa, más que la obra de Proust, por no hablar de las repeticiones.

Me he limitado a ser sincero y escribir sobre personas y sucesos que fueron importantes para mí, aunque confiando sólo, aquí y allá, en los simples recuerdos. «Tu idioma es tu patria», dijo Léautaud, pero también lo es la memoria, además de ser ésta un baremo, por la huella que deja, del valor de las cosas. Supongo que podría afirmarse de manera no menos convincente que lo contrario es también verdad, que lo que uno decide olvidar resulta igual de revelador, pero eso de momento dejémoslo a un lado. Por alguna razón oigo las palabras de E.E. Cummings en *The Enormous Room* (*La habitación enorme*): «*Oh, yes, Jean: I do not forget, I remember Plenty...*»

Aparte de apoyarme en mi propia memoria, he recurrido a recuerdos de otras personas, así como a cartas, diarios y todo lo que he encontrado.

Si por un momento uno imagina la vida como una casa grande con cuarto de juego para los niños, salón, comedor, dormitorios, despacho y demás, todo desconocido y luminoso, los capítulos que vienen a continuación son, en cierto

modo, como mirar por las ventanas de esa casa. A algunos ocupantes alcanzaremos a verlos sólo fugazmente. Las visitas van y vienen. En algunas ventanas quizá uno desee quedarse más tiempo, pero por desgracia no es posible. Como ocurre en cualquier casa, no puede verse todo lo que hay dentro.

La persona que me indujo a escribir este libro fue mi editor, Joe Fox, quien, después de leer una especie de artículo personal —no concebido como capítulo— publicado en la revista *Esquire* en 1986 con el título «La mujer del capitán», me instó a escribir más. Tras no pocas vacilaciones, puse manos a la obra.

Escribir sobre mí se me antojó difícil, quizá más de lo que parezca. Como se verá en el segundo capítulo, llegué a creer que mi propia identidad no era lo principal, y así viví durante mucho tiempo. Además, volver al pasado fue como cruzar una y otra vez un *Bergschrund*, un profundo abismo entre lo que había sido mi vida antes de cambiarla por completo y lo que fue después.

Por tanto, la elaboración del texto fue lenta. Extenuado por la revelación de mí mismo, de pronto interrumpía el trabajo y no lo reanudaba hasta transcurridos unos meses. Lo triste es que, cerca del final, Fox, que durante todo el tiempo se había mantenido lealmente alerta y al tanto, murió antes de ver las últimas páginas. A él debe su existencia este libro.

En el pasado he escrito sobre dioses y en algunos momentos también lo he hecho aquí. Por lo visto, es una tendencia mía. No rindo culto a los dioses, pero me gusta saber que están ahí. La fragilidad, por humana que sea, me interesa menos. De modo que he escrito únicamente sobre determinadas cosas, lo esencial desde mi punto de vista: el mundo tal como era, al menos para mí.

En la juventud da la sensación de que las preocupaciones de uno son las mismas que las de todo el mundo. Más adelante queda claro que no es así. En la última etapa vuel-

ven a coincidir. Al final todos somos pobres. Las frases del guión ya se han pronunciado. El escenario queda vacío y desnudo.

Antes de eso, sin embargo, la función debe representarse. Se levanta el telón.

J.S.

Pronaos

El verdadero cronista de mi vida, un hombre alto, de aspecto afable y ojos húmedos, se acercó a mí en una reunión y, como si llevara mucho tiempo esperando para decírmelo, afirmó que lo sabía todo. Era la primera vez que lo veía.

Yo ya tenía más de cincuenta años. Él no era mucho mayor, pero por alguna razón parecía un personaje del pasado. Recordaba haberme visto en Passaic cuando yo era pequeño, montado en un coche de caballos por Hope Avenue. Dijo mi fecha de nacimiento: «El 10 de junio de 1925, ¿me equivoco? Salió su foto en el *New York Times* cuando era capitán en Corea y acababa de abatir tres aviones. Se casó con una chica de Washington. Tiene cuatro hijos.»

Y así siguió. Conocía detalles íntimos, algunos un tanto confusos, como quien lleva los bolsillos llenos de notas en papeles sueltos. Su nombre era Quinton; trabajaba en una oficina de correos y lo llamaban, según supe más tarde, el Historiador, despectivamente, como si su pasión fuese vana e incluso bochornosa, como si con ella pretendiera darse cierta importancia. «Estudió usted en Horace Mann —dijo—. El entrenador de fútbol era Tillinghast.»

En realidad, el entrenador era un hombre canoso y patizambo llamado Tewhill. Tillinghast era el director. Me pareció un error intrascendente.

Por un lado está tu vida tal como la conoces; por otro, tal como la conocen los demás, quizá erróneamente, pero aun así debe concedérsele cierta importancia. Resulta difícil aceptar que uno es observado desde distintos puntos y que la suma de todos ellos posee validez.

Su mujer le rogaba que me dejara en paz. A mí me asombró lo que sabía. «El 44 de State Street. Ahí vivía su abuela, ¿no? Le daba sopa de lentejas y bistec cuando su padre lo llevaba de visita; contrataba los servicios de un taxi una vez al mes.»

La decrepita casa de madera en la esquina, con sus escalones de cemento y su jardín, y la inalterable comida que a mí tanto me gustaba, servida en una mesa cuadrada en la cocina, tras lo cual, sin nada que hacer, me quedaba sentado en los peldaños de detrás durante una hora mientras mi padre hablaba con su madre, contándole las cosas que hacía y reconfortándola, supongo. El taxista esperaba en silencio en el coche.

Mi padre y yo hacíamos esos trayectos juntos. Mi madre nunca nos acompañaba. Aquellas vacías mañanas de domingo cruzábamos el West Side de Manhattan por la orilla del río, mirando por la ventanilla los grises e interminables edificios de apartamentos a un lado, y a lo lejos, resplandeciente, el nuevo puente de George Washington. El humo del puro, aromático y empalagoso, escapaba por encima del cristal junto a mi padre mientras él permanecía abstraído, a ratos tarareando en susurros. Por la radio del taxi se oían las palabras enardecidas del fervoroso sacerdote antisemita que hablaba todos los domingos, el padre Coughlin. Las virulentas fórmulas que repetía una y otra vez me llegaban como un martilleo. Corrían tiempos difíciles. El taxista se ganaba cinco dólares por el viaje, incluidas las dos horas de espera antes de llevarnos de regreso. Siempre era un taxista distinto, que mi padre paraba en la calle y cuyos servicios contrataba en el acto.

Pasábamos por debajo de la gran torre entramada en el extremo este del puente, a la que atribuí gran importancia desde que mi padre me contó que habían previsto construir un restaurante en lo alto. Dentro de la estructura de acero había un ascensor, y en una ocasión subimos en él; o quizá lo imaginé, como también imaginé la vista olímpica.

El Hudson era el río de mi juventud, el río de la puesta de sol y los transbordadores como tartas nupciales, mi río pese a que nunca sentí siquiera una gota de agua suya en la mano o la frente. Había cruzado el puente a pie más de una vez, apoyándome en la barandilla para contemplar las aguas oscuras a una distancia infinita bajo mis pies, y ocasionalmente tenía la suerte de ver cómo las surcaba una barcaza blanca de paseo, su soleada cubierta llena de sillas como un auditorio sin techo. Una vez al año, formando una larga fila hacia el mar, fondeaba allí la flota de la Armada, cruceros con nombres de ciudades lejanas y grandes acorazados hundidos más tarde en Pearl Harbor. Desde algún lugar de la orilla, unas lanchas llevaban a la gente a visitarlos. Yo había ido varias veces, había trepado por las escalerillas de acero y me había colocado bajo los imponentes cañones. Los marineros con sus pantalones blancos de pernera ancha, los viriles oficiales, las cubiertas de madera: era algo de lo que enorgullecerse, la única defensa de la república inocente y desarmada en que nació.

En el lado opuesto, por encima de la mole verde de los Palisades, había otro hito, un club nocturno llamado Riviera —una sala de juegos, por lo que había oído, moderna, a lo Le Corbusier— que una vez quedó reducido a cenizas en un incendio y fue reconstruido. Dicho club estaba emparentado, por mediación de su propietario, con legendarios establecimientos anteriores, el Silver Slipper, el Cotton Club y demás.

Seguíamos adelante por calles entonces familiares, atravesando lúgubres barrios judíos, y hacia el final del recorrido mi padre indicaba el camino al taxista, diciéndole por dónde doblar exactamente, hasta que nos deteníamos frente a una

casa de dos plantas. Mi abuela, de rostro enjuto y triste pero en ese momento aún sonriente, se acercaba a la puerta de la cocina. Vivía con mi bisabuelo, un viejo temible de más de ochenta años, procedente de los *shtetl* de Polonia, sin afeitar y de olor nauseabundo —probablemente a causa de la incontinenencia—, que solía quedarse en el piso de arriba. Se llamaba Jacob Galambia, quizá un nombre inventado por un agente de inmigración. Columbia, lo llamaban los vecinos. Mi abuela y él habían llegado de Canadá, y ella había ido a clases nocturnas para aprender inglés después de casarse y alumbrar a sus hijos. Cuál era el medio de vida de su padre, nunca me lo dijeron, creo. Él era demasiado mayor para demostrar afecto, y el cruel roce de su barba me abrasaba la cara. Mi padre era amable con él pero le hacía poco caso.

Estoy hablando muy ligeramente de un largo período de tiempo. Este bisabuelo había nacido en 1850. A mí, un niño que no sabía nada de él, me llevaban a visitarlo. Es posible que con el paso del tiempo yo mismo mire con cierto asombro a un nieto nacido en el año 2000 o después. Ciento cincuenta años. Han desaparecido mundos enteros...

También había, en esa rama de la familia, un marido divorciado —mi abuelo— y una tía, la hermana de mi padre, llamada Laura. Fue en su funeral, años después de terminarse las visitas mensuales a mi abuela, cuando el bardo, permítaseme llamarlo así por respeto, me abordó y me abrumó con su recital de mi vida. Vi cómo lo apartaban de mí y se lo llevaban, igual que a un niño apesadumbrado.

En la vejez, mi madre y su hermana, ya viudas, vivían juntas y ponían en orden el pasado, su juventud en Washington D.C., donde nacieron, cómo había sido su madre, la casa de Upsher Street, su estricto padre, los parientes que se enriquecieron, los pretendientes. El comandante Sledge, que había estado enamorado de Selma, la hermana mayor, antes de la Primera

Guerra Mundial. Estaba destinado en la Casa Blanca, un comandante «en tiempos de paz», ponían ellas de relieve. De-seaba casarse con Selma y llevársela a Chicago. Sus padres no accedieron, ni los de ella ni los de él. ¿Qué fue del comandante Sledge? Ninguna de las dos lo sabía.

De las cuatro hermanas, Mildred, mi madre, era la más guapa, también la más joven y la más obstinada. Tuvo una juventud alegre (el hastío vino después): los bailes en los clubes de campo y las embajadas, ella iba a todos; la embajada argentina era la mejor.

—La francesa —corrigió mi tía.

—No, la argentina.

Empezaban a hablar otra vez de la familia, identificando ramas en el árbol genealógico. Su padre tenía dos hermanos y una hermana. Uno de los hermanos era...

—Fotógrafo —decía mi tía.

—No, dentista.

—Creía que era fotógrafo.

Mi tía, la tercera hermana, era rubia y le gustaba reír. Se había casado dos veces. El primer matrimonio, muy largo, fue con un abogado sin éxito, mi tío preferido. Ella le lustraba los zapatos y se cuidaba de que fuera al barbero. Tenía una clientela pobre. Asesor jurídico, lo llamaban. Redactaba contratos de compraventa y de arrendamientos, de vez en cuando se ocupaba de algún divorcio. Parte de su trabajo consistía en cobrar alquileres.

—¿Quién es?! —preguntaban a gritos desde el otro lado de la puerta.

Y cuando él respondía, vociferaban:

—¡Largo de aquí o te echo a patadas!

Bajo, un tanto robusto, experto en juegos de naipes y trucos, también tocaba el piano y componía canciones. Tenía el pelo oscuro y ya algo ralo. Un vello negro y sedoso poblaba el dorso de sus dedos gruesos y sus antebrazos. Había estudiado odontología —fue entonces cuando conoció a mi tía, arre-

glándole los dientes en el consultorio universitario—, pero al final se pasó a otra modalidad de extracciones.

Yo lo adoraba por su paciencia y sus ganas de jugar. Frances y él no tenían hijos. Yo era su sustituto. Mi madre y yo cogíamos el transbordador de Weehawken, ancho, con galerías curvas para los pasajeros a ambos lados, el olor a alquitrán y salitre en el aire, la cubierta subiendo y bajando en rítmico vaivén. Mi tío nos esperaba al otro lado en su coche, un sedán de segunda mano. Por entonces había fábricas en las orillas del río y más allá, encaramadas en los promontorios, y en el centro del parque de atracciones se alzaba la robusta estructura de una gran montaña rusa. Nunca íbamos a aquel parque, sino a algún apartamento en edificios de ladrillo oscuro, a menudo en una calle empinada. Sentado en un sofá del salón, yo contemplaba embelesado monedas que desaparecían con un giro de dedos y salían después de detrás de mi oreja, y ases que pasaban mágicamente a ser la primera carta de un mazo bien barajado. El cajón de la banqueta del piano estaba repleto de canciones suyas y en el revistero, descubrí una vez, había revistas con desnudos ocultas entre ejemplares del *Saturday Evening Post*.

Cuando ya no era niño y me había marchado a estudiar, este tío maravilloso llegó un día a casa quejándose de un mareo y se fue a la cama. Lo trasladaron al hospital —«No creo que lo operaran», dijo mi tía vagamente— y al cabo de un mes se fugó con su secretaria. Mi madre, al darme la noticia, me explicó que estaba enfermo, tenía un tumor en el cerebro y lo habían ingresado en un psiquiátrico. En realidad, mi tío y su secretaria estaban en la casa de la madre de él en la costa, aunque no mucho después, quizá acercándose de algún modo a la versión inventada, murió. No sé dónde está enterrado.

Familias sin importancia: es mucho lo que se pierde, historias enteras, no hay cabida para todo. Son sólo generaciones que avanzan como la marea, años llenos de sonido y espuma,

arrastrado todo ello por lo que viene detrás. Ése es el legado de la ciudad.

—¿Sabes a qué se dedicaba el padre de papá? —pregunta mi madre.

—Tenía una fábrica de hilo —contesta mi tía.

—Era cervecero.

No, no. Siguen discutiendo acerca de él y el tío, el dentista o fotógrafo, que vino de visita a principios de siglo pero no le gustó América y regresó a Europa.

—A Fráncfort —dice mi tía.

—A Moscú —corrige mi madre.

El árbol está trazado de manera imprecisa, el *arbor consanguinitatis*. De joven, el padre de ellas vivía con su abuela porque sus padres estaban divorciados, y lo enviaron a América por un asunto con la criada. Así que, sin proponérselo, se libró de las guerras y la oleada de devastación sin precedentes que las acompañó. En América contrajo matrimonio con una mujer cuya madre, mi bisabuela, se había casado con un príncipe polaco llamado Notés.

—¿Un príncipe?

—Quizá era general —concede mi madre—. En cualquier caso, era un hombre importante.

A sus más de setenta años, todavía era hermosa y altiva: pobre del camarero o la dependienta desprevénidos. Un elegante retrato al carboncillo de sus cuarenta años —rasgos delicados, tenues ojeras, cuello largo y grácil— reflejaba aún fielmente su aspecto. Leía el periódico a diario de principio a fin, incluidos los anuncios. Caminaba tres kilómetros todos los días.

Mi madre vio a mi padre por primera vez, o mejor dicho, una fotografía suya, en el periódico. Ella tenía dieciocho años. Al cabo de un tiempo, por pura casualidad, los presentaron. Él cayó muy bien a los padres de ella, en particular a su madre. Se casaron en Baltimore en 1924. La boda fue por la mañana. Regresaron a Washington y comieron; acto seguido,

el novio se marchó a Nueva York para reincorporarse al trabajo. Volvió pasado un mes.

Fui hijo único, nacido muy temprano una mañana de junio, el día más caluroso que quepa imaginar, y más adelante fantaseé con la posibilidad de que el médico que asistió en el parto fuera William Carlos Williams —el momento y el lugar coinciden—, pero en realidad se llamaba Carlisle. Por la noche una espantosa tormenta mitigó el calor. Me gustaría creer que de algún modo la conservo en la memoria y que mi pasión por las tormentas se originó en esa primera, pero muy probablemente yo dormía, extenuado por el tránsito, mi joven madre —tenía veintiún años— extenuada también, pero inmensamente feliz por todo lo que había terminado y lo que estaba por venir. Los truenos sacudían las ventanas, llovía a mares. Corría el año 1925; era el Hospital General de Pasaic.

En cuanto a mis otros tíos, uno era dueño de una fábrica de materiales de insonorización. Éste, Maurice, alto y sardónico, llevaba un bigote encerado. En una época tuvo un descapotable de aspecto muy atrevido, un Cord aparcado, en mi memoria, al bies con respecto al bordillo en la calle de Nueva York donde vivíamos, una calle que cruzaba toda la ciudad, excepcionalmente ancha tanto entonces como ahora. Era ingeniero de algo. Mi tía Sylvia y él se habían conocido en Atlantic City, pero la fábrica, que quebró en la Depresión, estaba cerca de Filadelfia y era allí donde vivían. Tenían una casa, criada, coches. Se iban de viaje cada verano. Las hermanas nunca lo visitaban, tal era su odio hacia él.

—En realidad a partir de mil novecientos treinta y dos ya no hizo nada —dijo mi tía de él.

—Un maleante —comentó mi madre.

En la vejez, ya viuda, Sylvia enloqueció. En la casa de su hija se levantaba todas las noches a altas horas para hacer las maletas, hasta que una de las veces acabó cogiendo ella sola un tren a las tres de la madrugada. Después la instalaron en

un pequeño apartamento, pero allí, según se quejaba ella, le robaban. Una mujer había entrado y se lo había llevado todo, el dinero, el talonario, las llaves. Una vez más había llamado a la policía.

—¿Y cómo entró? —preguntó mi madre.

—Entró.

—Pero la puerta estaba cerrada y acabas de cambiar la cerradura.

—Entró por el techo —explicó Sylvia con toda la calma del mundo—, esa puta ladrona.

El dinero y las llaves aparecieron escondidos debajo de un sofá, junto con unas cuantas prendas de ropa interior. El talonario estaba metido detrás de la pata trasera de un arcón.

Después fueron a pasear durante una hora. Sylvia estaba tranquila y lúcida. Tenía la infinita paciencia de los dementes. Su hija se negó a cuidar de ella. Sus hermanas, aun obligadas a realizar largos viajes en autobús, asumieron la tarea.

Vivimos en Nueva York desde que yo tenía dos años, primero en una habitación alquilada en el piso de una mujer en la calle Noventa y ocho, después en nuestro propio apartamento a unas pocas manzanas de allí, en West End Avenue, una calle ancha y anodina de familias de clase media. Mi padre había construido unas casas en Nueva Jersey, sin obtener grandes beneficios. En Nueva York su ambición encontró su sitio.

En la primera ciudad que cobró forma para mí, grandes bloques de apartamentos llegaban hasta donde alcanzaba la vista en todas direcciones. En las calles adyacentes estaban las casas particulares, muchas de ellas subdivididas en habitaciones. En Riverside Drive se alzaban hermosas mansiones, aisladas, como si esperaran la muerte de viejos patriarcas. En los inhóspitos patios traseros aún aparecían a veces afiladores ambulantes, tocando una campanilla y llamando a voces a las amas de casa y las criadas para que llevaran sus cuchillos y ti-

jas. La naturaleza se componía de los árboles y el estrecho parque a la orilla del río, y quizá de alguna de las infrecuentes ventiscas en que se extinguía el tráfico de las calles y el silencio envolvía el mundo entero. Los vendedores de periódicos, por entonces hombres en lugar de niños, a menudo recorrían las calles a última hora del día voceando algo una y otra vez, «¡Extra! ¡Extra!», alguien asesinado, algo desmoronado, algo hundido en el mar. A una manzana, a la vuelta de la esquina, de pronto un día la policía se apostó delante de una típica casa de piedra arenisca y cortó la calle en previsión de un tiroteo con un delincuente famoso a quien habían acorralado, Crowley Dos Pistolas.

Aun así, ya en primer o segundo curso me dejaban ir solo al colegio y jugar después en la calle. Presidían las aulas inquebrantables mujeres de pelo blanco: la señorita Quigley —quizá fue ella quien me enseñó a leer—, la señorita McGinley.

Nos sentábamos en filas, dispuestos conforme a los méritos, los mejores alumnos delante. Cada mes nos evaluaban, tanto de conocimientos como de conducta. Poco después, de pie, recitábamos poemas de memoria. A tal fin nos proporcionaron una antología, y con ésta aprendimos el lenguaje heroico.

Gran parte de la infancia permanece nítida eternamente: el primer número de teléfono, el nombre (Tony) del temido ascensorista, el sonido puro —cuando yacía en cama enfermo y aburrido— de la cerradura de la puerta, que significaba que por fin volvía mi madre con el libro —casi todo ilustraciones— que yo tanto deseaba...

Volviendo la vista atrás, podría decirse que mi vida se caracterizó por la obediencia. Estaba muy unido a mis padres y respetaba a mis maestras. No tenía compañeros groseros ni gamberros. Los porteros tiránicos, irlandeses e italianos, junto con los encargados de mantenimiento, hombres en camiseta de tirantes con acentos extraños, eran mis únicos enemigos. No había un cielo, pero sí un averno, en un sótano con oscuros

pasillos, lleno de cubos de basura, adonde temía ir. Era un niño de ciudad, pálido, querido, ajeno a todo.

Apenas recuerdo ese primer piso, donde vivimos durante años. Con mayor claridad veo las calles, el grupo de niños al que me incorporaron, supervisado por una joven cuyos rasgos agradables no puedo precisar y a quien llamábamos Mademoiselle, a mi amigo Junior, que vivía en circunstancias peores que las mías en una calle adyacente, pero tenía algo inconcebible: un perro enorme, un pastor alemán.

Nosotros no teníamos perro ni gato, ni reuniones familiares. Mi padre tenía amigos, por lo general uno o dos a la vez, y los recuerdo: el constructor calvo y feo con gafas de montura metálica, el juez municipal y otros hombres corpulentos y joviales que te aplastaban la mano al estrechártela y parecían muy seguros de sí mismos. Algunos tenían coche. Muchas veces, cuando los veía, iban o venían de jugar al golf.

Mi madre también tenía amigas: Ann, Harriet, Eileen, Rose. Mujeres que se veían por las tardes o quedaban para comer. Estaban todas casadas, pero, salvo una o dos excepciones, yo casi nunca veía a sus maridos. Eran afectuosas y tratables, una compañía grata. De entre veinte y treinta años, tenían piernas sedosas y sonrisas radiantes. Quizá por la noche iban a bailar. Mis padres nunca lo hacían y rara vez iban a fiestas.

Yo en realidad no sabía nada de la vida de estas mujeres. Era un niño, una especie de animal de compañía. Ni siquiera sabía, en la mayoría de los casos, dónde vivían. A veces me reunían con sus hijos, pero no surgió ninguna amistad.

En Nueva York en aquellos días, días de tiempo ilimitado, uno se afeitaba todas las mañanas en la barbería; los trajes y los zapatos se compraban en De Pinna, y las amantes eran mujeres que trabajaban en el despacho o en la zona de los talleres de confección. Al menos así vivían mi padre y su amigo

de toda la vida, el más íntimo, un primo, Berry. Apuesto aunque totalmente calvo, Berry era soltero y había sido boxeador en la Armada. Vivía en un apartotel cerca de la esquina del parque y llevaba boina sin la menor pretensión. Sentado en el funeral de mi padre, inexpresivo y leal, cuando bajaron el ataúd prorrumpió de repente en llanto y empezó a pronunciar su nombre a gritos: «¡George! —decía entre sollozos—, ¡George!...»

Mi padre prosperaba en la vida. Por lo general de buen humor, mientras se vestía cantaba. *Ochi Chornia* era una de las canciones que más le gustaban, «Ojos negros». Se inventaba la letra, pues solamente sabía las primeras palabras: «*Ochi chornia, I prekrasnia...*» Muchas noches estaba ausente, por trabajo. Había discusiones. Conmigo era amable y afectuoso, pero el trato no era ni mucho menos íntimo. El mundo infantil no estaba a su altura y los deportes lo traían sin cuidado. Aunque nunca sentí falta de amor, sino sólo falta de interés. Es posible que mi madre sintiera lo mismo.

Por lo que recuerdo era un hombre ensimismado. Incluso cuando iba por la calle no dejaba de pensar en sus cosas y apenas veía lo que lo rodeaba. No obstante, sí tenía la certeza de que triunfaría. Las piezas empezaban a encajar, estaba forjándose un nombre y conociendo a personas importantes. Una vez me presentó a Jack Dempsey, por aquel entonces la viva imagen del boxeo, un campeón de mejillas sombreadas, esbelto, siempre al acecho. Mi padre había mediado para conseguirle un arrendamiento y estaban en buenas relaciones. Dempsey debía de tener poco más de cuarenta años cuando lo conocí y era aún más popular que durante sus tiempos en el cuadrilátero cuando, tarareando un canto fúnebre para sí y asestando poderosos puñetazos al son de la melodía, había derribado a gigantes como Willard y Firpo en combates legendarios. Era grande, con pómulos de indio, manos enormes y fuertes. Yo contaba diez u once años y lo recuerdo imponente ante mí. Cuando nos alejábamos, mi padre me dijo

que yo sería más alto que Dempsey. Tendría una zurda como la suya. Chaval, me llamaba. Luego el pensamiento se le iba a otras cosas, distintos proyectos y sueños.

Trataba con un tal Lignante, un hombre encantador de modales europeos que se había casado con la hija de un juez. Lignante llevaba a cabo la construcción de Hampshire House, un edificio rutilante en Central Park South, y mi padre le prestó una gran suma de dinero, setenta y cinco mil dólares, sin aval pero a cambio de la promesa de una parte del edificio acabado. Corría el año 1929. El crac arruinó a Lignante, que poco después murió en Italia. La deuda, por entonces una cantidad enorme, nunca se saldó. Ocurrirían otras calamidades, pero ninguna de aquella magnitud.

Cuando mi padre murió, entre sus documentos apareció el pagaré, casi del mismo tamaño que un cheque, firmado por Lignante. Era como los fajos de rublos que vi una vez en el baúl del dormitorio de un compañero de colegio, hijo de una princesa georgiana; Azamat Guirey, se llamaba, y sus padres habían huido de Rusia después de la revolución. Algo siempre queda adherido al papel que en otro tiempo tuvo valor.

De niño yo no sabía nada de esto. En verano íbamos a la playa en Atlantic City, a la casa de mis abuelos maternos: mi madre, mis primos, mis tías y yo. Atravesando las luminosas llanuras y los puentes, junto a cunetas de tierra descolorida, avanzábamos en el coche, los niños en la parte descubierta, en el asiento trasero, el pelo agitado por el viento, los brazos en alto de pura felicidad. Se olía el mar en el aire y el sol entraba por las ventanas del dormitorio. El ritmo de vida lo imponían los adultos, pero éramos nosotros quienes disfrutábamos de una alegría despreocupada.

Jugábamos todo el día en la arena, allí donde más suave era, con el murmullo del mar verde a nuestros pies. No lejos de la orilla estaban los restos ennegrecidos de un pequeño va-

por de cabotaje. Aunque nunca pudimos acercarnos a él, sigue allí, grabado en mi memoria: el mar encrespado engulléndolo y retirándose una y otra vez, el agua derramándose en láminas por los flancos. Pocos años después, cuando no estábamos nosotros, un crucero, el *Morro Castle*, ardió en el horizonte cerca de allí con la pérdida de numerosas vidas.

El sabor de las primeras cosas perdura. En la boca siento el frescor de los tomates de huerto y la sal, los huevos revueltos que preparaba mi abuela, las imprevistas bocanadas de mar. Conservo en el corazón un amor infantil por esos primos, a quienes casi nunca veía y que más tarde se distanciaron por completo.

En los veranos posteriores me mandaron de campamentos. Unos hombres amables, los propietarios, trajeron un proyector a casa durante el invierno para mostrarnos partidos de béisbol, comedores en lo alto de un monte y niños lanzándose desde un trampolín situado a seis metros de altura. Con el inaudible chasquido de un interruptor, los niños salían mágicamente del agua, los pies por arriba, y se elevaban hasta quedar de nuevo sobre el trampolín. «Eso también lo enseñamos.»

Los campamentos siempre se hallaban a orillas de un lago, un lago con sanguijuelas. La hierba estaba agostada, los monitores no eran reacios a marcar el carácter con elogios o apodosos fatídicos. Una noche a la semana se disponían los bancos planos de madera en un rectángulo —el cuadrilátero—, quedando detrás los bancos de los espectadores. Cada uno salía elegido para boxear una o dos veces a lo largo del verano. En el rincón contrario estaba el adversario, muy serio, unos brazos flacos rematados en guantes desproporcionadamente grandes. A veces en su rostro ya se adivinaba el desenlace, la victoria o una derrota segura. Tres asaltos en medio del griterío, recibiendo instrucciones a voces desde el rincón. El escozor de los golpes, sobre todo en la cara, arrancaba vergonzosas lágrimas.

En High Lake, el primer campamento al que asistí, el púgil más temido era un chico robusto con un solo brazo. Le faltaba

el derecho por debajo del codo. Acometía con rapidez blandiendo el muñón redondeado. He olvidado cómo se llamaba —creo que Miller—, pero no aquella carne prieta en el extremo vacío. Era como recibir un garrotazo.

En el segundo campamento, en New Hampshire, al que fui tres o cuatro años, combatí contra mi mejor amigo, un niño de muy mal genio, como me constaba. Royal Marcher, se llamaba. Tenía además una madre pelirroja muy sofisticada y una hermana menor de la que entonces nos burlábamos, pero pocos años después irrumpió en mis sueños de una manera sorprendente y sensual. Ágil, seguro de sí mismo y con unos kilos menos que yo, se sentó en el rincón opuesto con expresión fría. Cuando se cruzaron nuestras miradas, me dio la sensación de que no me reconocía. Sonó el gong.

Avanzamos el uno hacia el otro, los enormes guantes en alto, lanzando ligeros golpes cortos, mirándonos desde detrás de la mano derecha colocada cerca de la mejilla. Eran golpes demasiado breves para la distancia a la que nos hallábamos. Apenas nos rozábamos. De vez en cuando uno llegaba con mayor contundencia. Yo estaba pendiente de su posible ira casi más que de cualquier otra cosa. Veía sólo una cara enjuta, inexpresiva.

En el descanso entre los dos primeros asaltos, el monitor que actuaba como mi segundo me dio instrucciones al oído: «Usa tu gancho de izquierda. Ese chico mantiene la guardia baja.» Asentí. Fue el verano que empezaba a asomarme el vello púbico, pero la infancia aún no había terminado.

El gong anunció el segundo asalto. Armado de expertos consejos, empecé a desplazarme lentamente hacia la derecha, lancé uno o dos zurdazos y luego asesté un tremendo golpe con una trayectoria en arco. Fue a dar de pleno en su mandíbula con inesperada fuerza. Lo vi tambalearse, desconcertado. «¡Otro! ¡Otro!», jalearon los demás. Seguí con unos cuantos cortos y luego lo alcancé con un gancho, otra vez contundente. Él se escondió detrás de los guantes. La sangre, que entiende

poco de amistad, se me subió a la cabeza. Sentí el triunfo pero también la traición. Royal se mantuvo alejado de mí hasta el final del asalto.

En el tercero, aleccionado también él, ya sobre aviso, mantuvo la mano derecha más alta y lanzó unos cuantos ganchos que logré esquivar. Los jueces, conscientes de la importancia del veredicto, declararon nulo el combate. Los dos conservamos el orgullo, y él su mal genio.

Había sociedades secretas —sociedades honoríficas, se llamaban— cuya mecánica no se revelaba. La selección tenía lugar de noche, después de los «golpecitos». Acostados, observábamos las linternas enfundadas moverse de manera irregular en torno a las literas hasta que se detenían y, mientras los demás permanecíamos atentos con el corazón acelerado, elegían a alguien dándole unos golpecitos e indicándole que se levantara. No había requisitos para la elección; dependía de cierta clase de popularidad, imprevisible, de hecho. Era una distinción superior a todas las demás, incluso a las medallas y los premios concedidos al final del verano. Ciertos chicos eran populares. Eran los auténticos elegidos.

Era en los campamentos donde uno sostenía en la palma de la mano los delicados tritones rojos hallados en los lechos de musgo espeso, aprendía canciones soeces salidas de bocas jóvenes, oía opiniones extrañas y descubría las estrellas. Allí uno experimentaba la sensación de aspereza al contacto de las mantas de lana en las noches frías de montaña, el consuelo de la sencilla oración unificadora «Ahora que me acuesto ruego al Señor...», los toques de clarín, las competiciones, y el izar y arriar de la bandera en el asta pintada de blanco. Hacíamos caminatas de quince o veinte kilómetros, planeadas para que acabasen en una tienda donde vendían chucherías y botellas frías de una bebida amarga de Nueva Inglaterra llamada Moxie.

Estaban las granjas abandonadas con suelos salpicados de amarillentas hojas de periódicos de hacía medio siglo, las excursiones en canoa de tres días por los extensos lagos del nor-

te, y la semana dedicada a un color con conmovedoras canciones extraídas de óperas, *Parsifal* y *Aida*, «Los hombres de naranja vestidos, un millar aquí reunidos, cantamos una canción...», y las fogatas finales, enormes piras de leña crepitante con chispas que se elevaban arremolinadas, dividido el campamento entero en dos grupos que competían ferozmente por la victoria.

Había gramófonos y discos, cámaras en forma de cajas de zapatos, descortezados palos sagrados, y un fin de semana en que por el camino pedregoso subían en coche los padres que venían de visita. Mi padre llevaba un traje de baño con camiseta a rayas, y cuando íbamos a nadar juntos parecía una figura solitaria en el muelle de madera. Nunca me preguntaba acerca del béisbol, deporte en el que, como era uno de los peores jugadores, permanecía exiliado en el extracampo derecho, viendo de vez en cuando las tremendas bolas devueltas por el lejano bateador elevarse a gran altura, alcanzar el cenit y luego, aumentando su arco y velocidad, diminutas, blancas y letales, empezar a descender mientras yo corría desesperadamente por el campo lleno de terrones. Mi madre y él me instaban a aprender a jugar al tenis, aunque sin gran convicción porque ellos no lo practicaban. Años más tarde, irían a veces juntos al campo de golf.

Los nombres de mi infancia —tanto del campamento como de la escuela primaria— eran Dickie Davega, George Overholt, Neil Wald, Jamie Falk y Larry Sloan, a quien reconocí más tarde en las páginas de *Marjorie Morningstar*, y cuya hermana era corista, una chica de piernas largas, muy arrogante ella, que pasaba altiva por delante de nosotros.

Nos habíamos mudado al East Side, a un edificio grande, el Croydon, hendido por dos profundos patios en Madison Avenue. Ocupamos primero un apartamento, luego otro, y allí nos quedamos años y años. Nos trasladamos por simple necesidad, la de encontrar una vivienda menos cara, y parábamos esporádicamente en Atlantic City o en un hotel

de Central Park South, propiedad de unos conocidos de mi padre.

Mi nuevo colegio, uno de los mejor considerados de la ciudad, estaba justo enfrente, un viejo monumento de ladrillo rojo, ahora ya derruido, aunque todavía resulta visible, por así decirlo, en la forma de las estaciones de tren de Londres. Era un barrio acomodado —el distrito de las medias de seda, lo llamaban—, con un sector más pobre cerca del río, Yorkville, poblado principalmente por alemanes e irlandeses. La directora del colegio, canosa e informe, era Emily Nosworthy, una mujer de una especie que abundó en otro tiempo: culta, inquebrantable, muy probablemente soltera. No había peleas en el patio ni agarradas en los pasillos, y las mujeres a sus órdenes eran igual de temibles.

Una tarde, en el apartamento de un compañero de clase, dibujábamos cómo podía ser una chica desnuda. Ni él ni yo habíamos visto ninguna, ni siquiera una ilustración en un libro. Los grabados de Picasso llegaron mucho más tarde, igual que *Iris* de Rodin, con el torso desnudo, una pierna abierta y ladeada, y nunca habíamos oído hablar de Courbet. El arte de la fotografía estaba en ciernes.

Tenía otro amigo, más cercano, que vivía a una manzana y cuya vida se veía en gran parte regida por la carrera de su madre, una madre a quien yo rara vez veía. Era pianista y daba conciertos en el Carnegie Hall. Su hijo, Alec, tenía los ojos azules y un aspecto un tanto descuidado, con la punta del cinturón siempre colgando. Jugábamos solos en su habitación. En aquella familia todos eran invisibles: Nadia, su madre, enclaustrada y ensayando detrás de puertas de cristal con cortinas; su hermano mayor, que ya iba a la universidad y seguía un tratamiento para fortalecer los pulmones: cuatro pasos inhalando al caminar, cuatro pasos expulsando el aire, cinco en la siguiente manzana, y así sucesivamente.

La habitación de Alec estaba al fondo del apartamento. Por las tardes, a última hora, luchábamos en su cama con la puerta

cerrada, indiferentes al tenue sonido del piano. La habitación daba a un patio que se encontraba a siete u ocho plantas por debajo y enfrente tenía otras ventanas grises y anónimas. Una tarde como otra cualquiera, cuando la luz ya declinaba, vimos una silueta en un apartamento de enfrente muy cercano, una planta más abajo. Era una mujer joven y estaba sola. En el cuarto de baño por el que se movía de un lado al otro, la iluminación era intensa y la mitad superior de la ventana estaba abierta. No habíamos encendido las luces de nuestra habitación y, ocultándonos para observarla, nos arrodillamos.

Se quitó el jersey, la perdimos de vista y al cabo de un momento volvió, desbrochándose el sujetador. Recuerdo el extraordinario brillo de su piel, la cegadora desnudez, y la desesperación cuando dejamos de verla. No cruzamos una sola palabra. Aguardamos en absoluto silencio. Era el crepúsculo. Aquel rectángulo iluminado y vacío ejercía mayor atracción que cualquier escenario. Como en un acto de obediencia, la mujer regresó. Yo no me cansaba de mirar pero, como supe desde el primer instante, no podía retener lo que estaba viendo.

Ningún cazador al amanecer, ningún asesino ni rastreador, ha sentido jamás mayor gozo. Se paseó delante de nosotros, se dio la vuelta, se recogió el pelo. Se inclinó un poco para quitarse la última prenda y luego se quedó erguida e inmóvil, sagrada e incompleta, mirando algo en el suelo, probablemente una báscula. No alcanzo a imaginar el peso de aquella sustancia inmortal. No tenía peso. Estaba hecha de gloria. De pronto, bruscamente, se apartó y entró en una ducha o bañera invisible. Es decir, partió de este mundo. Hasta entonces nunca me había enfrentado a la paradoja de un sueño vívido hasta el punto del éxtasis y sin embargo condenado a desvanecerse.

Deslumbrante como era, también era común. Todo el mundo lo sabía, como lo supimos nosotros entonces por primera vez.

Allá por 1930 mi madre compró una obra en seis volúmenes titulada *Mi librería* a una mujer que vendía de puerta en puerta. Las tapas eran verde oscuro, con aguas, y llevaban encartada una gran ilustración: una hermosa mujer vestida de blanco, de larga cabellera y con una corona de nenúfares amarillos y dorados. Yo tenía otros libros infantiles pero por ninguno sentía mayor devoción. La lectura estaba graduada en niveles desde el primer volumen hasta el sexto, y si bien estropeé los dos primeros, al llegar al tercero los trataba con respeto. Me sabía de memoria muchas de las historias: «El pescador y su mujer», de los hermanos Grimm, y «El leñador honrado», a quien se le ofrece primero un hacha de oro y luego una de plata en sustitución de la que ha perdido, pero él rechaza las dos alegando que la suya era sólo de acero, y en recompensa recibe las tres.

Incluía textos de Dickens, Byron, la Biblia, Tolstói, cuentos populares de muchos países y poemas. Puede que estuvieran un tanto modificados, aligerados —creo que ya por aquel entonces me di cuenta—, pero sólo por lo que se refería a los elementos demasiado brutales para jóvenes lectores. Por ejemplo, en una frase una mujer cruel rebanaba la lengua a un gorrión, pero el verbo «cortó» se sustituyó por «hizo un corte», dejando en el niño sensible la impresión de que el pájaro no había sufrido más que una herida en la lengua. Eran libros magníficamente ilustrados. El cuarto o quinto volumen contenía la «Balada de Oriente y Occidente», de Kipling. Abarcaba cuatro páginas. Me la sabía palabra por palabra, y conocía las ilustraciones hasta el último detalle. El héroe del poema, el hijo del coronel, esbelto y gallardo, llevaba un salacot envuelto en una tela blanca y un cordón en el gatillo de la pistola. Puede que lo confundiera en mi imaginación con el príncipe de Gales, que era el ídolo de aquellos tiempos.

La balada gira en torno a una persecución épica a galope tendido. Un forajido pintoresco —lo encontré más tarde en *Hadji Murat*, de Tolstói, cojo e indómito— y su banda de secuaces han robado un caballo a la guarnición británica en la frontera nororiental de la India. El caballo, una yegua, es para colmo el preferido del coronel. El hijo de éste, un comandante, inicia una vehemente y solitaria cacería. En un traicionero paso de montaña alcanza a ver por fin a la yegua montada por el audaz ladrón, Kamal, y ambos emprenden una implacable carrera. «Ha disparado una vez, ha disparado dos veces, pero la bala sibilante ha errado...» E incluso Tolstói describió más tarde el sonido alegre de las balas. El día declina. Cabalgan toda la noche con gran estrépito de cascos. Con el caballo casi reventado, el hijo del coronel cae al saltar una fosa de agua embalsada, y Kamal, al verlo, retrocede, le arrebató la pistola de la mano al jinete caído y, tirando de él, lo ayuda a levantarse. Entonces, los dos en pie, cara a cara y después de cruzar amenazas, admiten el lazo que ahora los une: son dos rivales que lo han dado todo. Su código es el mismo, y también las cualidades viriles que ambos admiran. Prestan un juramento sagrado como hermanos y Kamal envía a su único hijo a servir en adelante como guardia personal de su enemigo. «Seguramente a ti te ascenderán a *ressaldar*—predice— cuando a mí me ahorquen en Peshawar.»

No inventé ningún juego para el poema ni posé ante el espejo en el papel de uno de sus personajes; sólo lo guardé cerca de mi corazón. Con el tiempo, supongo, el poema me pareció poco veraz, es decir, nunca he encontrado un adversario al que amar tan profundamente como a un camarada, pero siempre mantuve un lugar para él.

La virtud cardinal que el poema ensalzaba era la fortaleza, quizá con una pizca de misericordia. La fortaleza, entendí, era sagrada. Había vivido aún demasiado poco para saber si yo la poseía. Era un niño de piel blanca, protegido. En las calles huía de las pandillas de matones. Tunney, el rival más

famoso de Dempsey, hundía a diario sus puños en salmuera para volverlos invulnerables, me había contado mi padre, para endurecerlos; yo deseaba sumergirme por completo en alguna salmuera así.

Mi educación sexual recayó en mi padre. Para ello me llevó al médico de la familia, que tenía en Park Avenue una consulta con dos pantallas fluorescentes para radiografías y un escritorio impresionante. Nos sentamos y el médico empezó preguntándome —quería una respuesta sincera, dijo— si me tocaba. No lo entendí. Entonces ofreció una vaga aclaración. «No», contesté, cosa que era verdad. Casi pareció defraudado. Aun así, pasó a describirme cómo se creaba la vida. El huevo, explicó, no podía producir un polluelo por sí solo. Se necesitaba algo más. Aunque no sabía muy bien de qué hablaba, lo escuché con atención. Tenía unas facciones muy marcadas y el pelo plateado de un airedale terrier. Mi padre —lo recuerdo siempre con una confortable papada— también escuchaba debidamente.

El otro elemento o factor necesario para iniciar el proceso, prosiguió entonces el médico, era una especie de empujón. Me preguntó si sabía quién propinaba ese empujón. Aguardó, pero yo no tenía la respuesta. El gallo, precisó el doctor.

Una vez sembrada en mi cabeza esta imagen, para mí inverosímil, pasó con gran discreción, digamos que usando guantes quirúrgicos, a describir el principio de ese empujón tal como se producía en los humanos. Más o menos lo entendí, pero no me despertó mayor interés.

No recuerdo qué dijo mi padre cuando nos fuimos. Puede que me preguntara si tenía alguna duda que no hubiese planteado en la consulta. Casi con toda seguridad mi respuesta fue que no. Dicho eso, mi padre debió de considerar que había hecho lo que se esperaba de él.

En las fiestas de cumpleaños, sentados en círculo, jugábamos a hacer girar la botella. Un chico la hacía girar y, cuando la botella apuntaba a una chica, la besaba, normalmente avergonzado. Yo me inclinaba torpemente hacia Regina, la hija morena del florista griego, o hacia Gisela, frágil y rubia. Los besos no significaban nada. Las niñas tenían una edad en la que sólo el pelo largo y los instintos las diferenciaban de nosotros.

Una tarde, en el último curso de primaria, un amigo de pelo crespo, muy avisado, me planteó la misma pregunta introductoria que el médico de la familia. Esta vez mentí.

—¿Cuántas veces? —preguntó.

Uy, ni podía contarlas, dije, y di la primera cifra que me vino a la cabeza, modesta pero a mi juicio no insignificante:

—Doce o trece.

Fui recompensado con una asombrosa revelación.

—¿Conoces a Faith? —preguntó.

—Sí.

—Yo lo hice con ella.

—¿De verdad?

—En casa de sus padres —dijo. Y añadió una frase indeleble—: No veas lo bien que se abrió de piernas.

Hacía falta valor. Era inimaginable. Él vivía cerca de la Tercera Avenida. Ella vivía en un edificio magnífico y respetable de Madison, una fortaleza, que aún hoy veo como una especie de punto de referencia histórico. Con los años estos puntos de referencia han ido proliferando por toda la ciudad: ciertas calles secundarias, bloques de apartamentos en esquinas, hoteles.

Lo que él había hecho con Faith, pese a que me asombraba su audacia, no despertó mi envidia. En realidad no supe valorarlo. Me daba cuenta del atrevimiento, pero era incapaz de imaginar el placer o siquiera comprender cómo mi amigo había llegado hasta ese punto. ¿Por qué estaba en el apartamento de ella? ¿En su habitación? ¿Qué le había dicho para

llevarla —yo sólo podía imaginarme una brusca negativa— a realizar ese acto?

Meses más tarde, una mañana, a eso del mediodía, mientras hojeaba las revistas en un estanco, encontré un folleto de tapas azules. Alguien lo había dejado allí, oculto detrás de una revista; no formaba parte del material a la venta en el local. He olvidado su provocativo título, pero al empezar a leerlo experimenté una conversión. En el interior, descrito a las claras, estaba todo lo que el médico y mi amigo no habían conseguido aclararme: el método, los detalles exactos, la sensación física. La puerta se había abierto de repente, sólo un poco, desde luego, pero me implicó de lleno. Bajando el folleto para que nadie lo viera, leí una y otra vez sus páginas; luego, casi temblando por el hallazgo, como quien ha encontrado una carta secreta, escondí el precioso objeto donde lo había hallado y me marché. Iba a probar ciertas cosas, y a su debido tiempo descubrí que todo lo que había leído era verdad.

Años después, en una comida, me senté junto a una joven de ojos verdes, una poeta, que declaró con altanería que de los libros no se aprendía nada, que de lo que uno aprendía era de la vida, de la pasión y la experiencia. El anfitrión, un distinguido anciano de más de setenta años, la oyó y discrepó. Tenía el pelo blanco. Su voz presentaba el tono ligeramente agudo de la vejez. «No; todo lo que he aprendido en la vida ha salido de los libros —dijo—. Sin ellos estaría a oscuras.»

Quizá hablara de Balzac o Strindberg, no lo sé, o acaso de John O'Hara, marido de su hermana y autor de libros de los que uno puede aprender mucho, casi todo inquietante; pero intenté pensar, sin ningún orden en particular, en los libros que habían sido instructivos para mí, y entre ellos, no en una posición despreciable, se encontraba aquel folleto anónimo de veinte páginas y tapas azules que describía el verdadero juego del mundo adulto.

• • •